

Transformar la tragedia en éxito

La gente suele preguntarme cómo me comprometí tanto con mejorar la calidad de la vida de las mujeres, siendo un hombre. No fue hasta que cumplí los cuarenta que entendí lo que me había llevado hacia la senda de la carrera que se iba a convertir en la pasión de mi vida.

Una mañana, hace más de treinta y cinco años, me despertó el transporte escolar que pasaba. Tenía 13 años y vivía con mis dos hermanos menores y nuestra madre, Doris Joy Heavin. Acababa de cumplir cuarenta años. Era una madre dedicada a sus cinco hijos y había luchado con problemas emocionales y físicos durante la mayor parte de su vida. Los doctores le habían recetado una serie de medicamentos sin grandes resultados.

Cuando desperté con el sonido del transporte escolar que pasaba, mi hermano Paul entró a la habitación y me dijo que mejor fuera a ver a mi madre rápido porque estaba enferma. Cuando me arrodillé junto a su cama, pude sentir la ausencia de calor. La abracé, primero para buscar algún signo de vida y luego a modo de abrazo final.

Tomé en mis brazos a mis hermanos menores, de ocho y nueve años, y les dije que nuestra madre estaba en el cielo.

Su muerte prematura fue innecesaria. La presión arterial alta que contribuyó a formar el coágulo que le quitó la vida fue innecesaria. En lugar de medicar los síntomas, podría haber tratado la causa de su alta presión arterial. Ahora sabemos que el ejercicio y la nutrición adecuada atenúan casi siempre las causas de la hipertensión y la mayor parte de las enfermedades crónicas.

Muchos años después, mientras daba una clase de bienestar físico y pérdida de peso a un grupo de unas cien mujeres, me di cuenta de que inconscientemente buscaba el rostro de mi madre entre la multitud. Tuve lo que llamarían una epifanía. Fue entonces que entendí lo que me había motivado toda la vida y cuál iba a ser mi destino.

Mi deseo es que ningún otro niño encuentre a su madre como yo encontré a la mía.

Gary Heavin